

La ignorancia y el «despiste» de muchos, en su afán de constituirse árbitros supremos de todas las cuestiones y corifeos de un puritanismo fari-saico, ha visto en la poesía moderna, sólo una anárquica expresión de imágenes absurdas, cuando no la metrificacón monstruosa de ideas en tinieblas, donde se pierde la fe. Si leen este libro de Alcaide, podrán constatar, sin mucho esfuerzo, que la poesía moderna sabe interpretar ideas tan puras, nobles y patrióticas como los cánones más clásicos de nuestra poesía en la Edad de Oro.

Juan Alcaide es un poeta inquieto: inquieto con la intranquilidad afanosa y creadora de un alma que descubre y sorprende motivos estéticos vedados a los demás vivientes. Los descubre y los combina, pudiendo apreciarse en la arquitectura de sus versos y en el barroquismo de sus metáforas, las estimables perlas de la fe, la Patria, la religión y la firme nobleza de la voz hispana. Poeta de Valdepeñas, llevan sus versos aires de raza y fuego de heroísmos. Acaso en las «selvas de Erifile», de aquel famoso clérigo obispo de Puerto Rico, haya sumergido su espíritu para tomar de las églogas la sencillez bucólica; y los bravos arranques de sus sonetos, de los cantos ardorosos del «Bernardo». Católico y artista, todo le interesa; el drama de lo humano y de la sangre, la epopeya de las almas y de las cosas. Sabe que la Iglesia, como dijo un poeta iberoamericano, no condena la modernidad en el arte, condena lo que en el arte ya no es arte, sino pura altucinación, pecado contra el Espíritu Santo y contra la naturaleza. «GANANDO EL PAN» es «un verso que anda». Que andará por mucho tiempo en la emoción de las almas limpias. Claridades de agua corriente, realidades de las más peregrinas emociones, descubiertas del alma, en las reacciones más atrevidas e inauditas. La sorpresa en un verso tras de otro, el feliz símbolo, y la jubilosa impresión del arte en sus más exquisitos secretos, es la modalidad específica de este poeta que construye sus catedrales de idealismos con la dichosa facilidad de un espíritu sensible y que triunfa plenamente en la concepción de sus interesantes poemas.

A medida que su sensibilidad poética se ejercita, va perfeccionando su estilo, evitando, con habilidad, los barrancos que pudieran precipitarle en una de las muchas manifestaciones morbosas a que dió lugar la falsa interpretación de la poesía moderna, degenerando, unas veces, hacia el naturalismo francés, otras hacia el desnudo realismo, también de importación transpirenaica y, en múltiples ocasiones, corrompiéndose en tal grado, que dió origen a las arbitrariedades absurdas del estetismo, adamismo, futurismo, hasta desembocar en el «postismo», que yo calificaría de «postinismo» petulante y sandío. Hay una gran diferencia entre los primeros versos de Alcaide y los que tenemos ante los ojos. En todos la misma riqueza de símbolos y oportunidad de imágenes, pero se observa un voluntarioso ahínco de perfectibilidat y un gesto disciplinado y austero de nobleza, que «GANANDO EL PAN», consigue dar la amplia visión de un poeta logrado, dentro del mosaico nacional y católico.

Su poesía ha de ser valorada con la misma admiración y entusiasmo con que lo hacemos, al alabar las nuevas y juveniles inteligencias, que pulsan con éxito el estro del bello arte. Alcaide es un valor nuevo. Reflejan sus obras la castrense mirada de lo infinito, la serenidad litúrgica del místico, ansioso de conquistar la tierra dura o el cielo preñado de esperanzas, es lo mismo. En plena sazón sus facultades poéticas, adornado de esa virtud tenaz de superación, creemos no será este el último libro que vea la luz de España, luz que no duerme para no tener oscuridad, luz de inabarcables claros, luz inconfundible, inefable e indeficiente, como inconfundibles serán siempre, entre todas las creaciones artísticas, los versos de Juan Alcaide.



P. B. Martínez Grande, O. C.